

Dos iglesias diferentes: la francesa y la italiana

E.
MIRET
MAGDA
LENA

CUALQUIERA que siga atentamente la prensa extranjera, sobre todo la francesa y la italiana, podrá enterarse detalladamente de lo que aquí es difícil de entender porque todavía late demasiado un cierto antimarxismo visceral.

Tenemos nosotros que cambiar mucho, y gozar en todos los terrenos de una más amplia libertad que no se limite ni autolímite por temor o por afán de seguridad. Estamos todavía en nuestra práctica política y religiosa en el reino de la tolerancia, de una tolerancia limitada y confusa. Cuando lo que necesitamos en el país, a todos los niveles, lo mismo civiles que religiosos, es de una libertad sin cortapisas negativas. La única cortapisa de la libertad debía ser el respeto a la libertad de los otros. Así construiríamos una sociedad democrática de veras, porque sería una sociedad respetuosamente pluralista, donde el intercambio de opiniones se daría con espontaneidad y se esgrimirían, por unos y por otros, nada más que razones y no el palo ni la amenaza ni la coacción ni el freno irrespetuoso. Las apelaciones violentas o negativas no debían ser ya de recibo en nuestro país. Y lo que digo de la sociedad civil, se puede decir, más o menos, de la sociedad eclesial. Lo que pedimos para una estructura humana de la convivencia civil, debemos pedirlo también para la estructura humana de la Iglesia. El diálogo, la confrontación pacífica, el respeto mutuo y la libertad de expresión, de reunión y de asociación.

Pero una cosa es el ideal, la realización concreta de ese deseo legítimo de convivencia abierta, y otra muy distinta la realidad que vemos todos los días en torno nuestro. Por eso hemos de reflexionar sobre esta realidad para intentar salir de ella y acercarnos rápidamente y sin vacilaciones a ese ideal legítimo pluralista en la sociedad y en nuestra Iglesia. Hoy voy a limitarme a aplicar este análisis a nuestra Iglesia, porque todavía (aunque no sé si por mucho tiempo) la Iglesia tiene importancia social en España.

El ejemplo de Francia y de Italia debe hacernos reflexionar serenamente para adoptar una actitud razonable, de cara a nuestros problemas humano-religiosos, y así orientar nuestra postura de modo adecuado al abierto porvenir que es necesario construir en España. Este ejemplo, que debía servir de meditación a nuestra Iglesia, le haría adoptar una postura inteligente y evangélica que se

pareciera más a la de Francia que a la de Italia.

En Italia todo el mundo a visto la manobra, estrecha y sin visión de futuro, de la Iglesia del país del Lacio. El Vaticano y la mayoría de los obispos italianos no han estado ni a la altura de las circunstancias ni a la altura de la apertura evangélica. El avance dado por Roma en las relaciones marxismo-cristianismo, ha sufrido un retroceso en ese país. La actitud abierta y dialogante, de tono claramente realista, adoptada con los países socialistas no ha servido a la hora de inspirar la política eclesial italiana. Como tampoco ha servido la postura de convivencia y de razonable cooperación de los católicos con el socialismo de todas las tendencias, en otros países en que la jerarquía se muestra propicia a esa colaboración razonable y a esa convivencia sin agresiones.

Con razón, algunas publicaciones españolas de la ultraderecha han apreciado esta inconsecuencia entre la política de la Iglesia en unos países o en otros. Porque donde fomenta o tolera las posturas realmente izquierdistas entre los católicos es en bastantes países fuera de las fronteras italianas; pero en Italia (lo mismo que en Norteamérica), claramente no tolera estas posturas.

Esta postura tortuosa y poco coherente choca a los católicos que piensan; y recibe las críticas, lo mismo de los de un lado que de los de otro. En eso hay unanimidad, aunque sea por razones contrarias.

Esta incongruencia ha sido todavía más notoria al leer la actitud serena y sin aspavientos de la jerarquía francesa con los llamamientos y ofrecimientos colaboradores del señor Marchais en Francia.

El secretario general del PCF propugna un acercamiento entre marxistas y católicos, y una posible colaboración en determinadas cuestiones de responsabilidad social o política.

Su llamamiento (que no a todos los católicos de la izquierda ha gustado) es, en mi opinión, muy parecido al de Juan XXIII, que aquí he transcrito en recientes artículos y, que diez años después de su carta encíclica Paz en la Tierra, volvió a repetir el cardenal Roy, presidente de la Comisión pontificia Justicia y Paz. Y es que, sin meternos en profundidades (que también debemos meternos, pero no hoy), una cosa es la postura doctrinal y otra la colaboración por motivos prácticos o circunstanciales.

Lo que hace falta es que, de una vez, se aclare la Iglesia en su postura oficial y pública. Que no estemos vacilantes siempre; que no sigamos sin saber los católicos a qué atenernos, porque no llegamos a percibir si el catolicismo oficial mantiene una postura que es sólo táctica serpentina y oportunista, o un pluralismo bien entendido y abierto.

El hecho de haber publicado en España recientemente dos obispos y un grupo reducido de teólogos centristas, un documento de orientación social-política disonante de las posturas de la conferencia episcopal, no sabemos tampoco bien a qué corresponde. Y podríamos hacer la misma pregunta: ¿Es la táctica de la Iglesia jerárquica dar una de cal y otra de arena, aunque la arena apagadora sea casi siempre más visible que la viva y fogosa cal? ¿O es que accedemos a una tímida postura democráticamente pluralista, mantenida por la jerarquía como tónica propia del Evangelio, que deja en libertad de concretar sus anhelos de apertura, de justicia, de libertad y de amor?

No hemos llegado entre nosotros a Francia, aunque tampoco estamos completamente en Italia. El conjunto de nuestras posturas eclesiales podrían resumirse en la frase popular: nos encontramos entre Pinto y Valdemoro.

¿No podría hacer —para superar esta indecisión— la Iglesia española un esfuerzo, como la francesa, para adoptar en conjunto una postura comprensiva y matizada, sin entorpecer la decisión personal y responsable de los católicos? ¿No debería atreverse a aceptar oficialmente el pluralismo de los católicos sin intentar siempre sustituirse a ellos en sus decisiones?

Ojalá aprenda la Iglesia española de la actitud francesa cuando Fesquet dice: "El arma defensiva que prefiere la Iglesia de Francia es el pluralismo político", y lo prefiere en la teoría y en la práctica. Porque "el tiempo en que los obispos daban consejos al votar, o consignas, ha pasado".